

Diablotexto *Digital*



-PRETEXTOS PARA EL DEBATE-

“Escribo para perdonar ciertas actitudes”.
Diálogo sobre creación literaria con
Bárbara Blasco

SILVIA TÉVAR GARCILÓPEZ
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

siltegar@alumni.uv.es
<http://orcid.org/0000-0002-1119-9591>

Diablotexto Digital 13 (junio 2023), 219-233
DOI: 10.7203/diablotexto.13.27071
ISSN: 2530-2337



“Yo creo que las palabras tienen que servir
para llevar al centro, para llegar dentro”.

(Bárbara Blasco, 2022)

Bárbara Blasco es licenciada en Periodismo, en Dirección cinematográfica en el Centre d'Estudis Cinematogràfics y en Guion de cine en la Escuela de Cine de San Antonio de los Baños (Cuba). Ha publicado las novelas *Suerte* (2013) y *La memoria del alambre* (2018-2022). Su obra *Dicen los síntomas* vio la luz tras ganar el Premio Tusquets en 2020. En la actualidad se dedica a impartir clases en el Taller de Escritura Creativa de Fuentetaja y colabora de manera habitual con Valencia Plaza. También continúa escribiendo la que será su próxima novela.



Fotografía cedida por la autora



Tienes una trayectoria profesional fascinante. Eres licenciada en Periodismo. También estudiaste Dirección Cinematográfica en el Centre d'Estudis Cinematogràfics de Catalunya y Guion cinematográfico en San Antonio de los Baños. Además, anteriormente habías trabajado como teleoperadora, vendedora de enciclopedias, bailarina de cabaret, ayudante de mago, empleada de gasolinera, actriz... En fin, diferentes profesiones y todas ellas muy diversas. Por ello, me preguntaba cómo surge esto de dedicarte a la escritura.

Bueno, lo de dedicarse a la escritura es un poco optimista siempre, porque realmente “dedicarse” se dedica poca gente si uno piensa en dedicación como “ganar dinero”, como algo que permite sostenerse. Yo me dedico un poquito, de forma casi periférica, por las clases. Tengo también una escuela de escritura porque escribo cosas, porque las novelas ya dan un poquito de dinero... Pero vamos, no puedo decir que lo puramente literario sea un sustento realmente completo. Y bueno, antes de eso, todo lo que has dicho: me fui muy pronto de casa, a los 17 años, sin estudios, e hice diferentes trabajos hasta que estudié Periodismo a partir de los 30. La cosa de la precariedad tampoco es que mejorara mucho, porque el periodismo tampoco está como para para echar cohetes, así que bueno, sigo siendo cada vez menos precaria, pero no he salido yo creo de esa de esa precariedad. Es complicado trabajar en España, creo que sí.

Esa es otra pregunta que me planteaba: nos has comentado que diriges una escuela de escritura, por lo que ¿cuáles dirías que han sido los obstáculos o las mayores dificultades que has tenido que superar en este trayecto?

Bueno, en general yo creo todos vivimos un tanto la poca valoración por el trabajo intelectual y, en lo que a mí respecta, por el trabajo literario. Parece que, si no vendes algo material, es mucho más difícil venderlo, no solo en lo que atañe a las obras literarias o de escritura creativa, sino también en cuanto a las



correcciones de estilo, que cuestan mucho trabajo y tampoco están del todo bien pagadas. Ese es un poco el problema: el poco respeto, también hacia los artículos, que cada vez se pagan menos.

Hay que hacer muchas cosas para poder tener un sueldecito si uno se quiere dedicar solo a vender ese trabajo intelectual, esas ideas conformadas en forma de palabras, de frases, de textos... Es complicado. Pero bueno, yo creo que está todo bastante complicado, o sea, que tampoco nos vamos a quejar solo de lo literario. Creo que en general es bastante difícil entrar en el mercado laboral y tener un poco de estabilidad, sobre todo para la gente joven. Esto es lo más duro: no tanto poder sobrevivir con trabajitos, sino que haya un poco de continuidad y, sobre todo, de estabilidad de condiciones. Yo creo que de todos los trabajos que he hecho, ninguno es indigno. Limpiar váteres no es indigno, lo que es indigno es, a veces, la consideración social, las condiciones de trabajo: si no estás bien pagado, si no estás tratado con dignidad... Eso es lo indigno, pero los trabajos no.

Totalmente de acuerdo.

Bueno, pues no está mal tampoco trabajar en tantas cosas: da una visión un poco más amplia a la hora de poder ponernos en la piel de más gente. Incluso para escribir es útil, porque una parte de la escritura consiste en el trabajo del lenguaje. De hecho, te diría que para mí es casi la más importante y con la que más puedo disfrutar. También está, por supuesto, la construcción de personajes, la psicología, la parte de sociología: analizar el tiempo en el que vivimos y tratar de que eso quede en tus historias o hacer una proyección de hacia dónde vamos.

Sí, esa es una cuestión que me planteaba: cómo ha influido tu formación en Periodismo y en el ámbito cinematográfico a la hora de escribir tus novelas.

Pues uno nunca sabe bien qué influye de verdad. Es muy difícil decir qué parte de lo que hacemos se debe a algo de nuestro pasado. Supongo que todo deja



un poso. Yo creo que todo lo cinematográfico, es decir, el tiempo que yo quería hacer cine y que pensaba un poco más en imágenes y no solo en palabras, ha quedado, claro. Yo necesito ver. Ver la historia. Necesito que avance visualmente. Me gusta mucho la parte, si quieres, un poco ensayística o filosófica que tienen las novelas. Me encanta. Pero también necesito contar con la imagen, acompañándome con imágenes. Creo que la poesía también es imagen: la metáfora es una imagen.

Justo estaba pensando que en *Dicen los síntomas* utilizas metáforas superpotentes. De hecho, en relación con la construcción de la obra y con el proceso de escritura, me preguntaba cómo es tu creación. Se dice que la página en blanco es imponente, por lo que ¿sigues algún plan ya prefijado que te ayude?

Conscientemente no. Luego sí que voy descubriendo que sé mucho más de lo que quiero contar de lo que yo misma soy consciente, pero así de entrada no. Me parece terrible tener una historia clarísima y decir: “Vale pues ahora ya solo me queda escribirla”. Creo que no la escribiría nunca. Diría: “Pues ya está, ¿para qué tengo que hacer ese paso, si ya está?”. No. Yo descubro la historia escribiéndola. Yo la vivo abriendo ese blanco, entrando y viendo a ver qué hay ahí. Muchas veces lo de la metáfora esa del “folio en blanco” es un poco tramposa porque siempre se parte de que hay que construir la historia. Parece que tiene que venir y que uno la tenga que volcar. No, la historia hay que hacerla crecer. Uno tiene que ir construyéndola, por lo que es normal que empiece de nada. Está bien.

Con respecto al proceso de publicación, me preguntaba si nos podías contar un poquito más sobre cómo comenzaste a publicar: ¿fuiste tú la que accedió al mundo editorial? Y también en relación con este proceso de publicación: ¿has tenido algún tipo de obstáculo o de traba desde el mundo editorial por el hecho de ser mujer y, además, joven?



Bueno, gracias por lo de joven, que ya no lo soy. Yo empecé publicando en un blog. Ese fue mi primer contacto con el público cuando tenía treinta y tantos, y dije: “Esto es maravilloso, poder publicar antes de las redes, antes de que todo el mundo pudiera compartir lo que lleva dentro”. Era un momento en el que el interior era algo misterioso. Teníamos ganas de descubrir, por lo menos a través de la escritura. Ahora estamos muy hartos, pero entonces a mí me pareció maravilloso tener esa posibilidad.

Así escribí una novela que se llama *Suerte*. No era la primera, pero sí la primera que acababa. La anterior tenía una parte un poco biográfica de todo ese año que estuve con el mago y con el *ballet*. Quería mostrar un poco de ese mundo, pero fue tan alucinante que resultaba todo inverosímil. Entonces esa historia se quedó un poco en el cajón —que es otra metáfora que no hacemos realmente—. En algún disco duro se quedaría. Luego escribí *Suerte* y la presenté al premio Lengua de Sapo. Quedó finalista: por un voto no gané, pero uno del jurado me animó muchísimo porque realmente no tenía ningún *feedback*. No tenía ni idea. Yo pensaba que quería escribir, pero que lo hacía fatal y que era muy complicado. Eso me animó un poco, pero aun así ahí se quedó la novela hasta que unos años después conocí a Manuel Turégano, que acaba de montar Ediciones Contrabando, una pequeña editorial valenciana, y la publicó en 2015. Luego vino *La memoria del alambre*, que publiqué también con Contrabando en esa primera edición en 2018. La crítica fue buena, pero tuvo poca repercusión porque seguía estando en una editorial muy pequeña, con una distribución limitada. Por eso, ya en el 2020 presenté *Dicen los síntomas* al premio Tusquets y me lo dieron. Ello supuso entrar un poco más en eso que llamamos “el mercado editorial” y tener un poquito más de reconocimiento, es decir, contar con la maquinaria que permite una promoción mayor, que mandes el libro a la prensa cultural y lo lean, etc. Más adelante, Tusquets recuperó *La memoria del alambre* y lo reeditó el pasado febrero.



¿Y has experimentado algún tipo de obstáculo a la hora de publicar?

Volvemos un poco a lo mismo: a una le pasan cosas, pero no sabe bien atribuir las, entonces no sé a qué se debían exactamente. Si me preguntas abiertamente si he vivido el machismo en el mundo literario: sí, clarísimamente sí. Sí, sí, sí, sí, sí. Ahora mismo parece que están de moda las escritoras y creo que publicar no es más difícil, tal vez sea incluso más fácil siendo mujer y joven.

¿Y crees que para las mujeres publicar con una primera persona es algo más fácil que con un narrador en tercera persona?

Pues seguramente sí. Lo que pasa es que hay terceras personas que se acercan tanto a la primera que casi te olvidas de que son una tercera persona con una visión única. Pero sí que es verdad que la primera tiene ese tono de intimidad, de conciencia, que parece que te están contando la historia al oído, y entonces sí que es más atractivo. Además, parece que, como se han escrito menos historias desde el punto de vista femenino, ahora tienen más cabida en el mercado.

Yo, como te decía, no creo que sea más fácil publicar siendo mujer. Sí que parece que es más fácil entrar ahora, por primera vez después de siglos. Pero sí que es verdad que los verdaderos intelectuales, los que están bien considerados, los que tienen ese gran prestigio, siguen siendo hombres. Todo eso lo he vivido: en presentaciones, en charlas... Me acuerdo de una charla con mi editor. Era una de las primeras presentaciones en la que presentábamos una novela mía. Había alguien en el público que dijo: “don Manuel, don Manuel” y le hizo una pregunta refiriéndose a él como a una figura intelectual. No dudo de que Manuel sabía muchísimo y era muy intelectual, pero estábamos allí para mi novela. Luego, cuando se dirigió a mí, me tuteó: “Bueno, Bárbara”. Su tono era otro, y ya no era ni “doña Bárbara” ni ese respeto. Y como esta anécdota, muchas.

En general, las mujeres que escriben poesía han sido menos consideradas, pero me pasó que un hombre que escribía poesía —bastante floja,



además—, me dijo: “¿Tú qué escribes, novelitas?”. Y yo digo: “Bueno, sí, *novelitas*, mientras tú haces los grandes poemas del macho”. Sí. En este caso le dio hasta la vuelta. Sin embargo, también está bien. Yo intento mirar la parte positiva. He visto algunos escritores hombres que han tenido éxito en estos últimos años, y cuando los he vuelto a ver eran insoportables. Antes escribían cosas buenas y ahora están escribiendo basura para mí. De pronto, el éxito se les ha subido a la cabeza. Y digo: “Mira, tener un perfil bajo hace que pocas mujeres sean así”. Parece que ese perfil un poco más bajo nos favorece a la hora de llevarlo todo con un poquito más de naturalidad.

Muchas gracias por compartir esas experiencias. Y ya en relación con tu novela, *Dicen los síntomas*, me gustaría saber si ese yo ficcional lo creas de manera natural o si es una acción premeditada con alguna finalidad concreta. Una pregunta similar me surge sobre ese receptor interno que aparece en determinados momentos, por ejemplo, en las apelaciones al padre. Este gesto permite que los lectores podamos interiorizar en la psicología de Virginia, la protagonista, y que comprendamos con mayor profundidad la relación que mantiene con la figura paterna. Por tanto, me preguntaba si este referente interior lo creas de manera natural o si es deliberado y, en ese caso, si tiene esa finalidad u otra.

Yo creo que la voz y la historia surgen casi al mismo tiempo, o por lo menos para mí van de la mano. Si no la oigo, si no oigo a mi personaje, aunque sea a través del narrador en tercera persona; si no lo oigo, me es difícil ponerme a escribir. Por ello, esta historia siempre fue en primera persona. Quería que fuera exactamente muy muy sesgado el punto de vista, que contara lo que ella ve, que fuera casi un flujo de conciencia. De hecho, no se cuenta del todo por qué esa animadversión, o qué ha pasado con el padre, precisamente porque estamos dentro de ella, porque no necesita construirlo como si hablara desde fuera o hacia afuera. Me apetecía mucho escribir desde la sinceridad total, aunque fuera un poquito políticamente incorrecto, aunque fuera muy bestia, que es como somos casi todos cuando pensamos (luego, cuando hablamos, nos



comportamos de otra manera). Yo creo que la primera persona era el punto de vista adecuado para contar todo eso que quería contar. No creo que haya narradores mejores *per se*, sino narradores que se adaptan mejor a lo que uno quiere contar, que juegan con la historia, o que la construyen desde el mejor punto de vista posible.

A veces la protagonista se dirige al padre, sí, pero no deja de ser primera persona. Todo lo que este personaje hace (por lo menos hasta que aparece el extraño) va dirigido a la familia y, en concreto, a quien ha puesto las leyes en esa familia y a quien le ha dado un rol que ya no quiere tener: el padre. Por tanto, él está ahí también para buscar respuestas antes de que desaparezca, aunque no se las va a poder dar, evidentemente, por el coma.

Sí, de hecho, creo que uno de los puntos fuertes de la novela es precisamente la capacidad de identificación, por un lado, y el tipo de lenguaje, por otro. En el primer sentido, creas una protagonista como nosotros, de carne y hueso, en la que nos vemos reflejados. Y en cuanto al segundo aspecto, creo que utilizas lo que puede definirse como “dagas literarias”, es decir, sentencias muy cuidadas desde el punto de vista lingüístico y que, al mismo tiempo, realizan una radiografía de la sociedad actual increíble. No son grandes palabras ni frases grandilocuentes, pero sí que tienen un cuidado especial con el lenguaje, una forma casi poética, diría. Cuando creas *Dicen los síntomas*, ¿era esta tu voluntad? ¿Querías retratar nuestro mundo de esa forma? ¿Por qué escribes la novela?

Bueno, es muy difícil decir por qué se escribe. No lo sé. Por necesidad. Por empeño. Hay veces que dices: “¿Y para qué sigo escribiendo? ¿Para qué, si llevo dos novelas y parece que no voy a hacer nada nunca, que no va a llegar, que no consigues tener gente a la que le interese?”. Y aun así, sigues escribiendo. Escribes porque te apetece, porque lo necesitas y porque hay algún secreto que descubrir a partir de la escritura. Yo siempre salgo un poco más más calmada: mis obsesiones se calman un poco. No puedo decir que desaparezcan porque sería ponerle un poder a la literatura que creo que no tiene. Es mucho



más importante la vida y lo que sucede en la vida, pero sí que es verdad que me calma bastante. Me divierte a ratos, también. Y entonces escribo sobre todo por eso, por intentar comprender ciertas cosas, por perdonar ciertas actitudes. Al escribirlas siempre sorprende algo; pero también duele: la escritura son dagas que se clavan, es verdad. Cuando escribes, hay algo que descubres que es muy doloroso. No sé, para mí es casi una forma de vivir de verdad, más intensamente. Parece que si no hay un reflejo de esa vida en la literatura, esta es un poquito menos vida, ¿no? Pero bueno, supongo que si mañana me preguntas, te puedo decir otras causas, como que escribo para dedicarle otra novela a mi marido, o yo qué sé.

¿Y entonces dirías que la literatura puede ser la terapéutica?

Bueno, yo tengo un poco de manía a la palabra “terapéutica”. Si no fuera por eso, te diría que sí. Todo lo que nos pasa y nos hace sentir bien puede ser terapéutico: hacer deporte puede ser terapéutico, si quieres; comerte un chuletón también es terapéutico; pero claro, es absurdo decir que algo es “terapéutico”. La terapia es terapéutica. ¿Qué ayude? O sea, ¿qué la literatura ayuda a resolver traumas psicológicamente? Pues puede ser, también. Sí puede ser una función, sí; puede ser. Lo que pasa es que la literatura tiene tantas funciones que reducirla a eso me parece anecdótico, casi. Pero claro que sí: ver cómo resuelve un personaje determinados conflictos o dilemas nos puede ayudar o puede hacernos reflexionar. Recuerdo cuando leí *Madame Bovary* y entendí todo eso del amor romántico. Se me cayó una venda y dije: “Madre mía, entiendo esa huida hacia delante de ella”, porque yo también la había vivido y, al verla en un personaje, lo vi más claro. Pero bueno, no sé si tanto como terapia.

Y de nuevo en referencia a tu obra, una curiosidad es que los capítulos no están titulados: ¿a qué se debe esto? No sé si es una decisión tuya o de la imprenta.



No, no sé. Muchas novelas no tienen capítulos titulados. No tengo ni idea. No lo había pensado. En esta que estoy escribiendo, tienen un título, pero porque es algo que juega dentro de la historia. Digamos que, de alguna manera, los capítulos hablan a partir de ciertas frases y esas frases van a estar en el título también. Pero si no, no creo que sea necesario titular cada capítulo.

En *Dicen los síntomas* creas un juego metaliterario porque, en ocasiones, la protagonista escribe pensamientos y anotaciones en una supuesta libreta que los lectores vemos directamente. De hecho, al menos en mi edición, en algunas ocasiones esas reflexiones aparecen sueltas, en una sola página, como el sentimiento de culpabilidad que describe en la página 47. ¿Tiene ese juego metaliterario alguna voluntad concreta?

Sí, la verdad es que sí. Con ese juego sí que dije: “A ver cómo puedo meter esto”, porque a mí se me ocurrían frases que me encantaban, eran reflexiones que jugaban un poco hacer literatura, pero quedaba un poco forzado que ella pensara tan literariamente y se me ocurrió hacerlo así. Ella ha estudiado Filología, aunque trabaja en un bar, y tiene cierta vocación, cierto gusto por las palabras. Por eso lleva su libretita y va anotando cosas, frases o pensamientos que le suenan, ya con una voluntad de juntar las palabras de forma literaria, no solo de narrar. Uno tiene que ajustarse a la naturalidad de la trama: después de un diálogo no puede venir una parrafada muy muy poética o un fragmento tremendamente literario que se note, y me parecía que la fórmula para introducirlo era ese pequeño diario, un poquito literario, que lleva ella.

El desenlace de la obra creo que es un poco agridulce. Entiendo que sí que hay un mensaje de esperanza, puesto que ella está embarazada, pero no termina de ser un final feliz al uso. ¿Querías dejar en los lectores y lectoras este poso final?

Bueno, yo creo que, para la procedencia de Virginia, es un final bastante esperanzador. Ella está yendo a consulta porque está embarazada, por eso está



esperando; y que el otro haya “desaparecido” es algo que ya se sabía. Entonces yo creo que sí es esperanzador, pero dentro de unos límites, que es un poco lo que yo creo de la vida. No hay esperanza total y absoluta porque yo no creo en el “y comieron perdices” y estas cosas; pero sí que me parece que se abre otra puerta, otra fase de la vida distinta y que creo que es mejor para ella.

A través de ese bebé que lleva en las entrañas parece que el extraño sigue estando ahí, con ella, ¿no?

Sí, sí. Y, sobre todo, yo creo que conocer el amor es lo que importa. Claro que importa perder el amor y, de hecho, es terrible, pero lo más importante es haberlo conocido, es saber que existe, que es algo que ella no había experimentado. Solo que le haya pasado ya le ha transformado, y eso ya es importante.

Sí, en ese sentido creo que hay un proceso de transformación en el personaje de Virginia: al principio se acuesta con un hípster por el mero hecho de tener hijos, pero después su forma de pensar, de sentir y de vivir cambian simplemente por la relación con este extraño.

Sí, a mí me interesa mucho el tema del amor. Ahora estoy un poco escribiendo sobre eso: sobre el tema de las relaciones en estos tiempos que corren una vez que ha caído el amor romántico y, sobre todo, sobre el rol tan horrible que se nos ha atribuido a las mujeres. Me interesa cómo nos relacionamos con el amor, cómo lo buscamos o cómo lo rehuimos. Creo que ahora mismo hay un poco de vacío. Estamos un poco perdidos por no repetir patrones, por huir de esa esclavitud, de lo que significaba el amor, muchas veces como forma incluso de ganarnos la vida, sobre todo para las mujeres. Hasta los años 70, en España, una mujer no podía abrirse una cuenta corriente a su nombre: llamémoslo amor, llamémosle prostitución, estaba abocada a tener que pasar por entregar algo que yo creo que no es entregable para poder vivir; y esto ha trastocado mucho. Ahora eliminamos todo esto y hay mucha más gente que dice “quiero estar sola”, es decir, que quiere vivir voluntariamente sin pareja o que opta por el poliamor, y



todo ello cuestiona de una forma bastante fuerte la pareja. Sinceramente, yo creo que no hay ninguna fórmula que sea perfecta: ni la pareja, ni la soledad, ni los tríos... Todo es muy complicado. Yo sigo apostando todavía por eso un poco arcaico que se llama “pareja”, pero por una pareja distinta, en igualdad y con libertad para ser como se quiera ser.

Ya para acabar, te quería hacer una última pregunta: ¿tienes algún referente literario, autor u obra? Y en ese caso, ¿cuál sería?

Ay, pues tengo demasiados referentes literarios; muchos, muchos y cada vez más, porque cada vez descubro más escritores y escritoras que me gustan mucho. De lo último que más me ha gustado ha sido *El beso*, de Kathryn Harrison, que es una obra absolutamente maravillosa que me la recomendó un alumno, Mario, que tiene 80 años. Es increíble. Creo que es del 97, o por lo menos en España la publicó Anagrama ese año, y es espectacular. Lo que cuenta tiene toques autobiográficos: narra un incesto, pero con un estilo impresionante. Hay toda una corriente que me interesa bastante, que tiene que ver con esa literatura a partir de la propia experiencia, y que hacen autoras como Annie Ernaux, o Delphine de Vigan, o Mary Karr. Me gusta muchísimo. Y Mariana Enríquez también me encanta, con esa mezcla de géneros: está un paso del terror y tiene un estilazo impresionante. ¡Hay tantas! Lorrie Moore: la releo y la releo cuando quiero hacer diálogos, cuando quiero ponerme en modo ironía. Umbral cuando quiero que se me pegue algo de esa poesía (aunque es imposible), de esa prosa que tenía tan espectacular. O García Lorca cuando quiero calentar un poco a nivel de lenguaje. Cuando estoy corrigiendo y necesito estilo me gusta mucho leer poesía: Juarroz, o Pizarnik, o Huidobro, con *Altazor*... Muchísimos. Hay libros que siempre despiertan de alguna manera: Berta García Faet, que es una poeta joven estupendísima... Todos ellos despiertan el hambre, las ganas de palabras. Te pones a picar un poquito y dices: “Uy, si es que quiero más. Y quiero escribir, además”. Esos son los libros que me gustan, que me aportan algo, sobre todo a ese nivel.



Creo que tienes un estilo y una voz totalmente auténtica y personal: conjugas frases muy cortas con reflexiones profundas, el ritmo acelerado con momentos de mayor pausa, un lenguaje más poético con otro más cercano y cotidiano... ¿Dirías que has ido trabajando tu estilo a lo largo del tiempo? ¿Cómo has ido fraguando tu propia voz?

Totalmente. Yo te diría que soy un poco impostora, porque al final todo es cerebral. A veces digo: “No, esto no suena bien. Repite. Frase corta. Frase larga. Vuelve a intentarlo. Hazlo así como han hecho otros y copia y roba de todo un poco”. Pero bueno, sí que hay algo. Para mí ese es también el proceso de escritura: cuál es la verdad que quiero contar. Yo misma tengo que ir deshaciéndome de todas esas ideas hechas, de esos clichés y esas cosas que parecen verdad pero que luego no lo son... Para mí eso es escribir: ir profundizando la idea. Lo malo es que la verdad tiene tantas capas que tú crees que has llegado y siempre hay una más, y una más, y una más. Esto es lo malo y también lo bueno de la literatura: que es tan compleja y que tiene tantos elementos que siempre se puede mejorar. Es una búsqueda de la verdad en el sentido literario, porque aunque no escriba directamente sobre mí, sobre mis circunstancias y mis experiencias, en verdad sí que lo hago sobre material que me es muy cercano. Sí que hablo de mis propias verdades, aunque sean ficción, aunque la metáfora a la hora de construir la historia no sea exactamente lo que me ha pasado a mí. No puedo escribir desde otro sitio. No podría escribir sobre temas que no me concernieran nada, que no me obsesionaran, sobre conflictos que yo no hubiera vivido. Es el conflicto en sí lo que me interesa.

Sí, y después trasladadas esas preocupaciones a la literatura a través de pacto ficcional o de un pacto ambiguo.

Sí, la verdad es que sí. También mezclo. Creo que lo de los pactos está muy bien y que son como todo: tiene que haber realidad y también tiene que haber ficción. Está bien que existan las dos palabras y que podamos distinguirlo, claro que sí; pero las fronteras evidentemente son difusas. A mí me gusta que haya



ese trasvase y que yo no sepa si la realidad es una ficción, o si en la ficción cabe toda la realidad. Es como decir: “Bueno, hombre o mujer”. Pues afortunadamente estamos dejando de ser tan estrictos: no creo paremos de usar estos términos, pero el contenido y las fronteras ya han cambiado y son más difusas. Lo mismo sucede con la literatura: no sabemos decir qué es ficción, y tampoco creo que sea tan importante. Me interesa mucho más la verdad: que yo sienta verdad en esa historia, porque eso es lo que me va a provocar el interés; que haya pasado por quien la escribe, que no sea un ejercicio que sirva a otros fines, como pudieran ser los halagos literarios o la pedantería. Hay gente que se oculta un poco a través de las palabras, pero yo creo que las palabras tienen que servir para llevar al centro, para llegar dentro y, si no, pues no me interesa tanto.